**“Una línea espiritualista, desencarnada, despreocupada de las realidades de la tierra, ya no sería muy creíble en nuestro tiempo”. (Diario 5-1-1979)**

Luis Van de Velde - Comunidades eclesiales de base.

Monseñor Romero agradeció a un periodista por sus “*palabras de estímulo*” cuando éste le había dicho que la pastoral de la arquidiócesis es “*la que puede atraer a la humanidad*”.

Y sucedió. El martirio de Monseñor Romero se convirtió en la energía divina para que la experiencia pastoral de la arquidiócesis de San Salvador – explicitada en las homilías y las cartas pastorales – pudiera iluminar a las iglesias en todo el mundo y para toda la historia. El reconocimiento por las iglesias históricas y – por supuesto – el reconocimiento oficial de la santidad de Monseñor Romero en nuestra Iglesia, no se limitan a la persona, ni al mensaje de Monseñor, sino abarca toda la experiencia en profundidad de la pastoral arquidiocesana de aquel tiempo.

Ya iniciada bajo el impulso del Espíritu durante el episcopado de Monseñor Luis Chavez y Gonzales, en la arquidiócesis se desarrolló una pastoral que rompía con una línea espiritualista, desencarnada y despreocupada de las realidades de la tierra. Monseñor Romero ha contado con la gracia divina para que su voz profética reorientara la pastoral, es decir, todo el quehacer de la Iglesia en cumplimiento de su deber como signo e instrumento de salvación en el horizonte del Reino de Dios.

Utiliza en su diario de este día tres palabras que debemos retomar para la reflexión crítica sobre la pastoral el día de hoy y de mañana. Rechaza “u*na pastoral espiritualista, una pastoral desencarnada, una pastoral despreocupada de las realidades de la tierra”.* Quizás el concepto central es lo referido a una pastoral desencarnada. Punto de partida es nuestra fe en la encarnación de Dios mismo en la tierra, en la historia, en la vida humana: Jesús de Nazaret. Dios mismo nos da la pauta para una pastoral encarnada en la historia de un pueblo. La vida de Jesús es el modelo: cercano a los “pobres” en todo sentido, cercano a los considerados “pecadores” y llegando hasta asumir su causa, su defensa en nombre de Dios, cargando su cruz hasta el final. Jesús salió hasta de la intimidad de su familia en Nazaret para encarnarse en la vida de las y los “pobres y pecadores”, rompiendo su exclusión social y religiosa, haciéndose solidarios con ellos hasta ser El mismo excluido y eliminado. A esto me refiero al comprender lo que significa una pastoral encarnada. Monseñor Romero lo ha vivido hasta ser asesinado por tomar muy en serio esa encarnación histórica de la Iglesia. Desde nuestra fe en la Resurrección de Jesús sabemos que Dios se hizo cargo de esa vida encarnada. No era en vano, no estaba equivocado, más bien nos confirmaba esa manera de ser Iglesia, esa manera de seguir a Jesús, esa manera de confesar que Dios es “Padre Nuestro”.

De ahí es evidente que la línea pastoral no puede ser despreocupada por la problemática de las y los pobres ni de la tierra como tal. Más bien lo contrario, nos tocará ser fermento de transformación de las estructuras de la sociedad para que haya justicia social con sostenibilidad ecológica. Nos toca desarrollar una pastoral profundamente preocupado por las y los heridos de la historia y por las heridas de la “madre tierra”. Ambos (los pobres y la tierra) nos exigen preocuparnos – pero en serio – por una auténtica justicia social y una transición climatológica. Debemos leer el Evangelio desde las heridas de la gente y de la tierra, para poder anunciar un futuro nuevo. La pastoral social y la pastoral ecológica (de la mano) tendrán que hacer nuestra prioridad en los planes pastorales, en el quehacer sacerdotal y en la formación pastoral de seminaristas. El sínodo de la Amazonia puede ser un ejemplo claro y un modelo a seguir en cada pueblo.

Por supuesto que al mismo tiempo nos exige una nueva espiritualidad que entierra para siempre toda forma de espiritualismo. Nuestro camino humilde con Dios – nuestra espiritualidad – va de la mano con practicar la justicia y amar con ternura (Mi 6,8). Necesitamos una verdadera renovación espiritual que nos transforme en el fermento de un mundo nuevo. Esta espiritualidad (martirial, eucarística y misionera) alimentará los procesos de concienciación para que vayamos exigiendo un estado más fuerte con leyes justas que obligan a los más ricos a pagar caro por sus vidas de lujos, para que quienes ganan y tengan más, paguen más impuestos, para que quien usa (abusa) más del agua la pague más caro, para que no se construya viviendas sin espacios de parques y bosques, para que se pague salarios justos y dignos, …… .

Monseñor Romero recuerda en su diario que el periodista le había dicho que las opciones pastorales de la arquidiócesis puedan ser atractivas, creíbles y motivadoras para la humanidad. No dudemos de esto. (28 de junio de 2019)